

Eligio Ancona

LA CRUZ Y LA ESPADA

Aurea Editores

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2006, Aurea Editores
c/ Perú, 160. 08020 Barcelona
www.aureaeditores.com
Primera edición: abril 2006

Edición y coordinación editorial: BOREALIA
Diseño de cubierta:
Maquetación: MEDIA-CIRCUS
Impresión:

ISBN:
Depósito Legal:
Impreso en España – *Printed in Spain*

Índice

I	9
II	19
III	32
IV	45
V	57
VI	69
VII	77
VIII	91
IX	109
X	127
XI	137
XII	147
XIII	161
XIV	171
XV	185
XVI	197
XVII	211
XVIII	223
XIX	233
XX	243
XXI	251
XXII	263
XXIII	277
XXIV	287
XXV	293
XXVI	305
XXVII	310

I

Y de he de volver a verte, ¡oh, patria mía!
¡Y he de volver a verte! Clavo ansioso
los ojos fatigados hacia donde
envidiosa la mar tu seno esconde.

Alpuche

El puerto de Potonchán —o de Champotón, como se le llamó después— era a fines del año de 1539 una población exclusivamente ocupada por un puñado de aventureros españoles que, después de rudos y sangrientos combates, había logrado arrancar del poder a sus antiguos ocupantes.

El lugar empezaba a ser ya conocido y visitado por algunas naves españolas y había adquirido cierta celebridad a pesar de que sólo habían transcurrido veintitres años desde su descubrimiento. Esta celebridad era bien merecida.

Cuando en 1517, Francisco Hernández de Córdova, después de haber experimentado el carácter belicoso de los indios en Cabo Catoche y Campeche, tocó en Champotón únicamente con el objeto de proveerse

de agua, un crecido número de naturales cayó sobre los castellanos que acaudillaba, y tan reñido fue el combate que se empeñó en la orilla misma del mar que de los extranjeros cincuenta y siete quedaron tendidos sobre la arena enrojecida con su sangre y dos fueron llevados cautivos inmediatamente al altar del sacrificio e inmolados a los dioses de la tierra en acción de gracias. Los restantes quedaron tan mal parados que cinco murieron algunas horas después y todos los demás salieron heridos, con excepción únicamente de un soldado llamado Berro. Este suceso hizo que el puerto adquiriese el tercer nombre con que se le señaló en los antiguos mapas. Recibió el nombre de «Bahía de la mala pelea».

Cuando a fines del mismo año volvieron los españoles al propio lugar, acaudillados por Juan de Grijalva, a pesar del aumento de armas que llevaron y de las precauciones que adoptaron, tres cadáveres quedaron tendidos sobre el campo de batalla, salieron más de sesenta peligrosamente heridos y el mismo general sacó de la refriega dos dientes quebrados y tres flechazos.

Hacia algún tiempo que el lugar había adquirido su cuarto y último nombre: La villa de San Pedro, fundada por Francisco Gil a orillas del río Tenocique, había sido trasladada a Champotón porque pareció difícil conservarla en su primer asiento.

Así es que la población presentaba un aspecto mixto de español e indígena, de cristiano y de gentil. Las tiendas de campaña de los principales caudillos extranjeros, algún tanto metidas tierra adentro para evitar el recio viento que soplabá en la playa, alternaban con las miserables chozas de guano abandonadas por los indios y ocupadas entonces por los soldados españoles, que ciertamente no podían quejarse de falta de alojamiento.

Pero no estaba reducida únicamente la población a tan endeble viviendas. Se veían igualmente algunas casas de mampostería de suntuosidad relativa, antiguos palacios sin duda de los príncipes indígenas, en cuyas blancas fachadas se reflejaban los rayos del sol ardiente de las playas. Los adoratorios en que tres años antes se rendía un culto abominable a los falsos dioses, purificados ya por los exorcismos de los cristianos, y en cuyos altares asomaban ya algunas cruces, consoladora insignia de la religión de Jesucristo, levantaban sus techos sobre los edificios que los rodeaban, como para demostrar la superioridad de

Dios sobre todos los objetos terrestres, y ostentaban en su parte más elevada una que otra campana rajada, llevada de Cuba, y que se tocaba más bien para asuntos del servicio militar que para objetos del culto, porque los aventureros —cosa extraña en aquella época y en aquellas circunstancias— no habían traído consigo ningún sacerdote de su culto.

Cerca de tres años hacía que los extranjeros se habían instalado en Champotón, y la fundación de la villa de San Pedro demostraba la intención que abrigaban de permanecer para siempre en el país. Los naturales deploraban esta desgracia con lágrimas bien amargas, pero después de haber dado algunas batallas formales, en que prodigaron generosamente su sangre en aras de la patria, habían llegado a convenirse de que sus ídolos estaban irritados con ellos y de que Kukulcán y Kakupacat, dioses de la guerra, dispensaban toda su protección a los intrusos españoles. Entonces hicieron a un lado sus flechas, sus hondas y sus chuzos y se limitaron a hacer una guerra que causaba no menores heridas que sus armas salvajes. Se negaron a suministrar a sus enemigos, voluntariamente, como antes, sus pobres tortillas de maíz y las carnes de que abundaba la tierra, y estos se vieron obligados a buscar sus alimentos con la punta de la lanza.

Don Francisco de Montejo, el anciano Adelantado, que en 8 de diciembre de 1526 había capitulado con el emperador Carlos V la conquista de Yucatán, descansaba entonces, en su gobierno de Chiapas, de las gloriosas fatigas y hazañas de su juventud. Se preparaba para delegar en su hijo todos los derechos que tenía a la Península, pues el transcurso de trece años empleados inútilmente en su conquista había llegado a preocupar su ánimo con la idea de que no estaba reservada a él la gloria de la pacificación de Yucatán. Este hijo, que se llamaba también don Francisco, se hallaba a la sazón en México, reclutando gente bajo el crédito de su padre, para emprender formalmente y terminar de una vez esta obra, que un concurso de circunstancias, independientes de su voluntad, hacía cada vez más dificultosa.

Así pues, la gente que se hallaba en Champotón, conservando como un precioso tesoro aquel pedazo de terreno, único que poseía en la Península, se encontraba a las órdenes de un sobrino del viejo Adelantado, llamado como el tío y el primo, don Francisco de Montejo. Las desgracias que sobrellevaba y el apuro a que estaba reducido nos va a

ser revelado al instante por los mismos soldados, sus compañeros de aventuras.

Era una mañana de diciembre del año de 1539. Se disfrutaba de una temperatura que podía llamarse excepcional en el país. El cielo estaba cubierto de espesas nubes que interceptaban completamente los rayos del sol. A pesar de la hora, soplaba un viento bastante recio, que hacía besar a cada instante la arena a las copas de los arbustos que crecen en nuestras playas. Acababa de cesar una débil llovizna del norte, que había empezado en la madrugada.

Sobre el roto mástil de un antiguo bajel abandonado a la orilla del mar, y suavemente reclinadas las espaldas en un montecillo de arena, se hallaban sentados dos hombres sumergidos al parecer en reflexiones bastante sombrías. Con los ojos tenazmente clavados en el vasto y magnífico horizonte que se extendía ante ellos con toda su majestuosa belleza, parecían indignarse de que su mirada no pudiese penetrar más allá de la curva y dilatada línea en que la bóveda del cielo y las aguas del mar confunden a la vista sus dos superficies en un inmenso semicírculo. Tan profundo era su recogimiento que, cuando algunas olas empujadas por la brisa de la mañana iban a estrellarse a sus pies, parecían no sentir el húmedo salobre del agua que mojaba su calzado.

El primero de estos hombres era un joven de veinticinco años a lo más, en el que se revelaba a primera vista el tipo de un hijo de la poética Andalucía. Ojos negros, vivos y de mirada penetrante, que jugaban en sus órbitas con movilidad asombrosa, espesas y arqueadas cejas, sedoso cabello del mismo color, labios finos, boca desdeñosa, poblada barba, cutis color de perla, proporcionada estatura y gallardo continente: he aquí el conjunto agradable de belleza varonil que presentaba y que causaba lástima ver retirado en aquel rincón ignorado del mundo. La altivez de su mirada y la elevación de su frente indicaban a uno de esos caballeros de la antigua nobleza española que, en sus constantes luchas con los moros y en sus recientes campañas de Italia, habían adquirido la pretenciosa convicción de su superioridad sobre todos los hombres que poblaban la tierra. Se notaban en su vestido un aseo, un cuidado y hasta cierta riqueza que seguramente no era común entre sus compañeros de aventuras. Gastaba borceguís de ante, calzas enteras y ropilla de terciopelo. Ceñía su cintura un talabarte de cuero bruñido del que pendía una espada toledana con empuñadura de cruz, única

arma ostensible que llevaba en aquel momento. Así la espada, como gran parte del vestido, desaparecía bajo un herreruelo de paño con que se guarecía del frío vientecillo que soplabá.

Era el segundo un viejo veterano de sesenta años, de bigote retorcido y cabellos grises, de mirada resuelta y continente marcial, en cuya apostura podía leerse ese desprecio de la vida que caracterizaba a los grandes soldados de la época. Vestía unas medias de lana plagadas de un número incontable de puntos, gregüescos de paño burdo no muy enteros, un jubón viejo de color indefinible y una gorra de piel con que cubría su canosa cabeza. Para precaverse del frío llevaba sobre los pobres arreos de su vestido una ancha manta de algodón bordada de ricos colores, trofeo arrancado sin duda a algún príncipe americano en las innumerables batallas de las que estaba llena su hoja de servicios.

Largo tiempo hacía que el viejo y el joven miraban distraídamente el mar que mugía a sus pies. De súbito, el anciano volvió la cabeza y, mirando afectuosamente a su compañero, le dijo:

—Apostaría los ocho últimos reales de vellón que me quedan a que adivino en lo que estáis pensando.

El joven se volvió vivamente, y clavando los ojos en el viejo veterano con la expresión de un hombre que acaba de salir de un sueño, pronunció esta sola palabra:

—¿Hablabais...?

—¡Os decía que, a fe de Bernal Pérez, me atrevía a adivinar el objeto que os trae tan mohíno esta mañana y que consideraréis con tanta atención!

—Y yo os digo a fe de Alonso Gómez de Benavides que no se necesita de gran penetración para adivinar lo que ahora traigo entre las mientes. ¿Qué otra cosa puede soñar un desgraciado proscrito que el tornar a la tierra en que naciera, y el pájaro encerrado en una jaula que el recobrar su libertad?

El tono y la viveza con que fueron pronunciadas estas palabras indicaban en el joven andaluz la secreta intención de ocultar a Bernal Pérez la verdadera causa que entristecía su espíritu.

El viejo veterano no dio muestras de haber sospechado la treta, y repuso al cabo de algunos instantes:

—De suerte que todo lo que busca vuestra vista clavada ansiosamente en el golfo es alguna nao española o portuguesa que nos venga a traer noticias de Castilla.

Los ojos de Benavides despidieron un rayo brillante de esperanza que se apagó con la instantaneidad del relámpago.

—Más de un año hace —dijo con acento conmovido— que no veo surcar las aguas de este golfo sino por las pesadas y groseras canoas de los indios de este país, y no es extraño que todos los días, por la mañana y la tarde, venga a sentarme en este lugar para ser el primero que vea venir la nave europea que nos traiga las nuevas que decís.

—¿Y deseáis la venida de esa nave solamente para adquirir noticias? —preguntó Bernal Pérez, mirando detenidamente a su interlocutor, como si quisiese penetrar en el fondo de su alma.

Benavides temió sin duda dar una respuesta cualquiera, porque en lugar de contestar interrogó a su vez:

—Y vos que venís diariamente a sentaros junto a mí sobre este madero y os pasáis horas enteras, como yo, mirando la azulada superficie del mar, ¿limitáis vuestro deseo a adquirir nuevas de España?

—¿Y qué otra cosa queréis que desee un hombre encanecido en los combates, que hace treinta años que falta de su patria y que mira como comprado con su sangre este Nuevo Mundo que ha ayudado a conquistar? En Burgos dejé un tío que murió ha mucho tiempo sin acordarse de mí y no hay un solo lazo de familia que pueda arrastrarme a la vieja Europa. Pero vos sois joven —continuó el veterano, dulcificando su acento como para inspirar confianza al andaluz—, y acaso dejasteis en Sevilla, vuestra patria, una afección bastante poderosa que os hace suspirar todavía.

—¡Oh, no! Ninguna —exclamó Benavides, moviendo repetidamente la cabeza.

Una sonrisa de duda cruzó por los labios de Bernal Pérez.

El joven sorprendió esta sonrisa y, bajando misteriosamente la voz, añadió al instante:

—¿Sabéis, Bernal, lo que me hace tan desgraciado? Os lo voy a confiar, pero cuidado con repetirlo.

—Un soldado viejo, acostumbrado a respetar la consigna —dijo el veterano, irguiendo la cabeza con desdeñoso orgullo—, nunca cometerá el pecado de divulgar el secreto que se le confíe.

—Sois, mi buen Bernal, la perla de los veteranos. Si he lastimado vuestro excelente corazón con recomendaros un secreto, perdonadme en gracia de la sana intención que ha guiado mis palabras. Vos sabéis

el aprecio respetuoso con que me miran nuestros valientes compañeros de aventuras, que me consideran como el segundo de don Francisco de Montejo, nuestro actual capitán, y si llegasen a penetrar mis deseos, se atreverían a darle un mal rato y a interrumpir el sosiego de nuestra pequeña colonia.

El veterano por toda respuesta alargó su callosa mano, que el joven estrechó y retuvo largo tiempo entre las suyas.

—Escuchadme, Bernal —continuó el andaluz, bajando la voz cuanto era posible, a pesar de que el ruido del viento y de las olas cubría completamente su discurso—. Cerca de tres años hace que puse los pies por primera vez en esta playa, soñando con mil empresas seductoras que ninguna ha llegado a realizarse. ¿Qué hemos hecho, en efecto, desde que llegamos a Champotón? Algunos días después de nuestro desembarco tuvimos solamente dos batallas formales... y después... nada, nada.

—Pero en esas dos batallas hubo lo bastante para contentar el valor del soldado más exigente. ¿Os acordáis, don Alonso?

—El pasado —respondió el joven andaluz— se borra muy pronto de un corazón de veinticinco años.

—Por fortuna está aquí el mío, que tiene sesenta —repuso el veterano—, y que se rejuvenece cada vez que recuerda el estruendo de los combates. La primera batalla tuvo lugar una noche oscura como boca de lobo. Yo que dormía en el adoratorio principal, con la cabeza apoyada en el vientre de un ídolo maldito, me desperté sobresaltado a los gritos de un centinela que asesinaban los indios. Como ni la cama ni la almohada eran de plumas, me levanté con la ligereza que el caso requería, salí del adoratorio, me colgué de la cuerda de una campana y, repicando y gritando «a las armas», fue tal el alboroto que metí que en un instante ya se hallaba en pie todo el campamento. El caso era bastante extraordinario, porque estos perros gentiles que tienen al sol por una divinidad creerían cometer un delito imperdonable peleando en su ausencia, y por eso nunca hasta entonces habían atacado de noche. Acaso alguno de sus sacerdotes los persuadió de que las estrellas eran otros tantos dioses protectores de la guerra y lo creyeron como a un oráculo. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que nuestras tiendas de campaña que empezaban a arder y las horribles y sucias injurias con que nos apostrofaban en su lengua nos quitaron desde luego toda clase

de duda. Entonces empezó la marimorena. Las flechas y las piedras silbaron por un instante sobre nuestras cabezas, pero no tardaron en cesar súbitamente. Aquellas armas eran inútiles porque nos encontrábamos ya revueltos con los indios y se peleaba cuerpo a cuerpo. Como desconocíamos el terreno y los indios nos cercaban en inmensa multitud por todas las direcciones de tierra, según podía conjeturarse por su turbulenta gritería, aquella confusión fue necesaria, y me atrevo a decir que hasta provechosa, porque nos puso al enemigo al alcance de nuestras armas. Por lo que a mí toca, no hacía más que extender las manos en derredor mío, y apenas tocaba un cuerpo desnudo, le asestaba mi puñal o mi lanza, oía un grito, algunas gotas de sangre humedecían mi mano y asunto concluido. Si la memoria no me falta, creo que en aquella noche memorable derribé veinticinco o treinta cuerpos de aquel modo tan expedito y sencillo. Otro tanto hacían nuestros camaradas, y los macehuales no tardaron sin duda en advertirlo, porque echaron a correr con toda la prisa que les daba su miedo, enviándonos de despedida un diluvio de flechas y una andanada de insultos y amenazas, que nos dejaron en ayunas, porque mal haya la palabra que comprendíamos entonces de su bárbaro lenguaje.

Brillaban los ojos del veterano al referir sus hazañas y las de sus compañeros de aventuras, y a pesar del aire triste y taciturno con que le escuchaba el único hombre que constituía su auditorio, volvió a tomar la palabra al cabo de un instante y continuó con mayor animación:

—¿Y la segunda batalla? No es posible que haya uno solo de nuestros camaradas que haya olvidado sus más ligeros pormenores. Hacía algún tiempo que los indios se limitaban a sustraernos los alimentos. Parecía que, escarmentados con el primer combate, estaban resueltos a no hacer en adelante más que una resistencia pasiva. Algunos lo creían así, pero otros, que los conocían mejor, estaban verdaderamente inquietos y esperaban algún esfuerzo supremo de su parte. Muy pronto se realizaron estos temores. Los naturales enviaron embajadores a todos los cacicazgos de la tierra, y algunos días después, inmensas turbas de hombres desnudos cayeron sobre nuestro campamento cuando menos se les esperaba. El caso era bien apurado, porque el mismo capitán confesaba que jamás había visto igual muchedumbre de indios. No por eso dejó de animar a los suyos a la pelea, y dando él mismo el ejemplo, empezó uno de los más crudos combates en que se ha encontrado vues-

tro servidor. Los indios caían a millares, pero eran tales los gritos de regocijo que arrojaban cuando moría uno de nuestros camaradas que nos helaba de pavor la sangre en las venas. Por un cadáver de los nuestros daban gozosos un millar de los suyos. Aquella situación era horrible y no podía continuar así. Sin saber lo que hacíamos, empezamos a retroceder hacia la playa, nos arrojamos al mar y, unos a nado y otros por medio de los botes, no acogimos a los bajeles con la vergüenza de la derrota.

—¡De la derrota! —exclamó el joven andaluz, como si esta sola palabra hubiese bastado para sacarlo de su ensimismamiento e interrumpir a Bernal Pérez—. ¡Pero me parece que después nos vengamos bien!

—Y tan cumplidamente —prosiguió el veterano— que juzgo esta por la mayor hazaña que contiene mi hoja de servicios. Cuando vimos a los indios penetrar en nuestro campamento, poner sobre sus toscos hombros nuestras vestiduras y acercarse con ellas a la playa, cuando les oímos apostrofarnos de pusilánimes y cobardes en medio de las groseras injurias que acostumbran, olvidamos como por ensalmo nuestras heridas, nuestro cansancio, el número del enemigo, nuestra reciente derrota, y como un solo hombre, volvimos a arrojarnos al mar, llegamos a la playa, requerimos las armas, se enciende de nuevo el combate, la sangre enrojece la arena y algunos instantes después, los vencidos se convierten en vencedores, los indios ciegos, llenos de espanto, humillados, comprendiendo apenas lo que pasa, huyen despavoridos y nosotros volvemos a entrar victoriosos en el campamento, pasando sobre una senda cubierta de cadáveres.

Al terminar estas palabras, que el veterano pronunció con todo el entusiasmo de un soldado triunfante, Benavides levantó la cabeza y le miró un instante en silencio.

—¿Y después? —le preguntó con un tono que contrastaba notablemente con la animación de Bernal Pérez.

—Después —respondió éste—, no hemos vuelto a tener más encuentros que la pequeña resistencia que suelen hallar los que van en busca de vituallas.

—Mientras nosotros nos quedamos aquí a consumirnos de fastidio en medio de la ociosidad... ¿Qué tiene, pues, de extraño, mi comportamiento?

—Tiene de extraño que todos nosotros divertimos nuestra ociosidad jugando a las barajas, o a los dados, conversando o cantando estrechamente, enamorando a alguna india prisionera y cazando o pescando, pero vos, en vez de jugar, conversar, cantar, enamorar, cazar o pescar, venís a sentaros en la playa y a sumergiros días enteros en tristes reflexiones.

—Amigo mío, no todos tienen la felicidad de ser tan alegres de carácter como vosotros, y yo soy desgraciadamente, como lo veis, una de las excepciones.

—Decid más bien que no queréis franquearos conmigo, y no nos atufemos por tan pequeña diferencia.

Y Bernal Pérez se puso al instante en pie, se levantó hasta las orejas la manta de algodón para precaverse mejor del frío y dio un paso adelante. Benavides le detuvo por el vestido.

—Amigo mío —le dijo—, habéis logrado enternecerme con el sincero interés que demostráis tener por todo lo que me atañe, y cometería una verdadera ingratitud si no os confiase la causa de mis padecimientos. Tiempo hace que hubiera accedido a vuestros deseos, pero como hay sucesos en la vida del hombre que despedazan el alma y cuyo solo recuerdo basta para renovar sus heridas, me había abstenido hasta aquí.

—¡Oh! —interrumpió el veterano—, si vuestro secreto es tan triste que os cueste pena el recordarlo, retenedlo... nada me digáis.

—Todo os lo diré, mi viejo amigo —repuso Benavides—. Estoy cierto de que no es una vana curiosidad la vuestra y que sabréis compadecerme. Sentaos otra vez y escuchadme.

El veterano volvió a ocupar su lugar en el mástil que servía de asiento, extendió sus pies sobre la húmeda arena y clavó su mirada ansiosa sobre los ojos de su interlocutor.

Benavides se recogió un instante, echó por última vez una rápida ojeada sobre la vasta superficie del mar y comenzó así su narración.